

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE HONDURAS, RAFAEL LEONARDO CALLEJAS, EN LA PRIMERA CUMBRE IBEROAMERICANA

México, 18 y 19 de julio de 1991

Sin duda alguna la historia recogerá dentro de pronto, porque el tiempo para la humanidad pasa muy rápido, esta cita histórica como uno de los grandes esfuerzos realizados por el hombre latinoamericano; vendrán centenares de comentarios, títulos, que van a escribir abundantes páginas acerca de sus logros. Esto será sin duda alguna la visión histórica de ese hecho trascendente.

Pero lo fundamental para nosotros, los que tenemos las grandes e insoslayables responsabilidades de cara a nuestros pueblos, es tener la conciencia plena de que lo importante no es encontrar u olvidar a los responsables de nuestra historia, sino que lo verdaderamente importante es que hoy nos hemos unido en una conjunción de iberos y americanos que desde hace ya 500 años formamos una nación que tiene un destino propio, una naturaleza suya y una necesidad imposter-gable de hablar sinceramente para encontrar el obligatorio destino común.

En suma, esta Nación así compartida, que constituye la nación iberoamericana, por primera vez en la historia de la humanidad se reúne por medio de sus mandatarios para decirnos mutuamente cómo vemos las realidades particulares de nuestros Estados y qué esperamos en el tercer milenio para todos nuestros pueblos.

Sería simple expresar que deseamos que nuestras naciones y sus pueblos ya no sufran la pobreza secular que han padecido muchos desde el inicio mismo de sus vidas. Pero la realidad es que a nosotros, responsables actuales de nuestras naciones, nos corresponde dictar las medidas al interior de nuestros Estados, con decisión, con valentía, aun a sabiendas de los costos que estas acciones tienen al extenderse.

Porque definitivamente los sacrificios del momento no significan nada en relación con el nuevo sendero de nuestras sociedades, que transitarán cosechando los beneficios de las medidas austeras y reflexivas que permitirían el erigirse en el nuevo latinoamericano, profundamente satisfecho, que sus dirigentes actuales supieron con visión de futuro diseñar el camino que les permitirá lograr una mejor calidad de vida.

La sociedad en nuestro mundo está encontrando nuevos cambios en su búsqueda afanosa para construir una mejor sociedad en el tercer milenio.

Hemos creído que se han tomado decisiones que permitirán al hombre nuevos estadios de bienestar, porque realmente nos estamos enfrentando al nuevo siglo de progreso que reclama creatividad y decisión. Será el siglo del progreso en un ambiente de paz de las naciones; será el siglo del predominio de la libertad auténtica; será el siglo en donde desaparece el drama de la guerra y la violencia homicida; será el siglo en donde no veremos más destrucción del hombre por el hombre; será el siglo en donde el respeto a la dignidad del ser humano se convierta en el marco de todo el quehacer universal.

Ya lo hemos afirmado anteriormente, que el siglo futuro es el período en que antevemos a hombres y mujeres de todas las naciones, de todas las razas y de todas las latitudes trabajando por esa hermosa realidad de construir una era superior para todo el género humano, capaz de realizar estos ideales de una sociedad libre de los temores de la guerra, de las injusticias y de la más armónica convivencia entre los hombres.

Naciones americanas, europeas y asiáticas son testimonio de trascendentales giros en sus concepciones sobre cómo debemos prepararnos para recibir la nueva centuria, porque siendo escenario de contradicciones, los pueblos hoy están encontrando un nuevo modo de transitar como humanos en este ambiente que Dios ha reservado para el hombre, si es capaz de vivir en armonía con la naturaleza.

Eso reclama entonces que los pueblos iberoamericanos generemos lo que somos capaces de producir para eliminar las amenazas del hambre, del narcotráfico, del deterioro del ambiente y de la muerte ecológica de los ecosistemas de nuestro continente latinoamericano.

Hemos probado en la historia pasada nuestra capacidad y debemos afirmar con nuevos hechos que estamos a la altura de enfrentar nuestro destino común, proponiendo soluciones concretas a los abismos existentes entre los pueblos del mundo.

Señores Jefes de Estado, señores Jefes de Gobierno:

Honduras, como integrante de la comunidad centroamericana, percibe con fuerza los signos de nuestra era, con su auspicio fue posible el alejamiento de la guerra y el acceso a negociaciones francas entre los bandos que todavía se niegan a integrarse a los procesos democráticos de cambio.

Bien es sabido que los gobiernos y las sociedades de la región tendemos a la integración, a la cooperación y a la solidaridad.

Nuestros esfuerzos han puesto de manifiesto al mundo que en las manos y mentes de los centroamericanos se encuentran las iniciativas más constructivas, que como decisión de sus presidentes hemos dado por terminada una guerra que nunca fue nuestra ni fue diseñada en nuestro ámbito político. Pero aún queda paz por encontrar. Queremos que finalicen las guerras en Centroamérica.

Los trabajos presidenciales y las tareas ejecutivas van diseñando una agenda coherente en la comunidad centroamericana, priva en los ánimos de los legítimos gobernantes del istmo la convicción de que debemos caminar juntos hacia la liquidación del viejo modelo económico y



Rafael Leonardo Callejas, presidente de Honduras.

político, y establecer prioridades estratégicas para unir nuestras fuerzas con el fin de remover los escollos que se anteponen a la felicidad y a la prosperidad de nuestros pueblos.

Entendemos ahora, con claridad, que la acción que uno imprima en lo particular, está llamada poderosamente a tener influencias y repercusiones en la actividad del otro.

La democracia por primera vez nos presenta a las repúblicas centroamericanas con gobernantes legítimos; la democracia ha restaurado el derecho de nuestros pueblos a darse sus representantes; gobernantes en forma pacífica y soberana, somos los que regimos los destinos de nuestros pueblos mediante una fuerza cívica: el derecho, por cierto al que jamás renunciamos sin hacer votos de sumisión u obediencia indigna.

Las páginas de nuestra historia recogen la valentía y el acendrado amor de nuestros pueblos a la libertad, a la paz y a la justicia. Todo el marco referido nos hace afirmar con convicción solemne que nuestra nación iberoamericana está llena de ejemplos de la fraternidad entre nuestros pueblos, y México particularmente era la cuna histórica donde no por casualidad nos hemos reunido los gobernantes de Iberoamérica.

Aquí en la tierra de Moctezuma y de Hidalgo, han encontrado tranquilo reposo o estadía obligada por distintas circunstancias hijos de toda la América, que por razones diferentes fueron acogidos en esta tierra que les brindó aliento, posibilidades de desarrollar sus artes, ciencias o esperanzas; aquí en México se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores uno de los más grandes hondureños, José Cecilio del Valle, lo cual demuestra que nuestra conjunción como nación está por encima de nuestras propias nacionalidades.

Por ello es imperativo reconocer la visión del Presidente don Carlos Salinas, que promovió este encuentro entre hermanos para que podamos desarrollar nuestra hermandad en la procura de la construcción del mundo mejor que todos anhelamos para nuestros pueblos.

Finalmente quiero expresar con don José Cecilio del Valle, precursor del panamericanismo, que el estudio más digno para un americano es la América, pero hoy con vehemencia y respeto deseo decir que Iberoamérica se construye por sus hijos de ayer, por nosotros, sus herederos de hoy, y por las generaciones del mañana que cosecharán los frutos de nuestros presentes y pasados sacrificios.